

Rogelio Hernández Rodríguez, *La formación del político mexicano. El caso de Carlos A. Madrazo*, México, El Colegio de México, 1991, 207 p.

Benito Nacif

La política es un oficio y, no obstante su reputación —que nunca ha sido particularmente buena—, todas las generaciones han producido hombres que han encontrado en los negocios públicos una forma de vida y una vocación. Más que otras profesiones, la carrera política en México está marcada por la incertidumbre y el azar. A pesar de que un solo partido ha gobernado al país por más de 70 años, el regular reacomodo de personal a que están sujetas las instituciones de gobierno le ha dado al poder un rostro cambiante. Cada puesto que un político ocupa en su carrera es pasajero y lo debe desempeñar sin perder de vista el reacomodo que el siguiente ciclo habrá de producir. Esto es particularmente cierto en los cargos de elección, en los que el mandato no es prorrogable. La sobrevivencia en la política nunca está garantizada, mucho menos el ascenso. Cambiar de una institución a otra es algo que las circunstancias pueden

favorecer, pero desarrollar una carrera política requiere, además de suerte, perseverancia y otros atributos que distinguen al disciplinado y oficioso político del PRI.

Carlos A. Madrazo fue sin duda un político perseverante. Su breve desempeño como presidente del PRI le hizo figurar en la política nacional en 1956, pero atrás hubo una larga, accidentada e interesante carrera. La inició en los años treinta, como líder estudiantil, inspirado por la causa antirreligiosa que abrazó con fervor. Desde muy joven hizo y, muy probablemente, vivió de la política. Participó en varias organizaciones de estudiantes, todas ellas asociadas al partido en el poder y financiadas por el gobierno revolucionario. La carrera de Madrazo siguió la suerte de las figuras del momento a las que supo vincularse. Su estrella política brilló y se apagó con la luz de personajes como Garrido Canabal, gobernador de Tabasco que auspició la campaña anti-

rreligiosa en el estado y a quien Lázaro Cárdenas hizo secretario de Agricultura; Luis I. Rodríguez, presidente del PRI entre 1938 y 1939; Jorge Rojo Gómez, jefe del Departamento del D.F. en los tiempos de Manuel Ávila Camacho, y Miguel Orrico de los Llanos, gobernador sustituto de Tabasco entre 1955 y 1958. Finalmente su relación con Gustavo Díaz Ordaz le abrió primero el camino a la gubernatura de Tabasco en 1958 y, después, lo llevaría a la presidencia del PRI.

En *La formación del político mexicano. El caso de Carlos A. Madrazo*, Hernández Rodríguez describe la trayectoria del político tabasqueño, desde sus inicios en la persecución religiosa hasta su brusco e involuntario retiro a la vida privada, luego de haber intentado, sin éxito, reformar al PRI. A pesar de tener como centro a un solo personaje a quien sigue por todos los cargos que ocupó, el libro de Rogelio Hernández no es una biografía; no es aquí donde el lector se enterará de los motivos y razones personales que hubo detrás del hombre público. El libro es más bien un ensayo de historia política, y Carlos A. Madrazo es el "caso" que ilustra y comprueba algo así como una moraleja. "La vida de Madrazo —dice el autor— revela cómo el sistema político mexicano no entraña únicamente un problema estructural, sino que su funcionamiento y futuro dependen de hombres que lo conozcan por dentro y que tengan la capacidad de escuchar a la sociedad" (pp. 9-10). Madrazo fue uno de ellos y no gracias a su talento natural, sino a su "formación". A diferencia de otros políticos

de su propia generación —como Díaz Ordaz, Echeverría, Corona del Rosal—, Madrazo "había conocido cómo actuaban y pensaban las masas estando cerca de ellas, organizándolas, encauzándolas" (p. 183).

El arribo de Gustavo Díaz Ordaz a la presidencia de la República trajo para Madrazo el momento estelar de su carrera. Díaz Ordaz lo puso a la cabeza del PRI, desde donde el político tabasqueño, a los 50 años de edad, iniciaría rápidamente una serie de cambios radicales en el funcionamiento del partido cuyo monopolio de los puestos de elección llevaba entonces más de tres décadas de existencia. Por supuesto, Madrazo no se propuso cambiar esta situación, pero sí quería democratizar internamente el monopolio. Buscó establecer un sistema uniforme de primarias para la selección entre los más de tres mil candidatos a presidentes municipales de todo el país. Apesar de la enorme complejidad que supone reemplazar la multitud de prácticas y convenciones políticas desarrolladas en el tiempo, Madrazo avanzó rápidamente en la introducción del nuevo sistema, aunque a costa de avivar conflictos latentes y producir divisiones.

Rogelio Hernández describe a Madrazo como un político experimentado, conocedor del sistema que él mismo había contribuido a formar, y visionario, puesto que si su proyecto "hubiera sido aceptado, el régimen hubiera obtenido la flexibilidad necesaria para adecuarse a una sociedad [...] más democrática" (p. 202). Después procede a explicar la enorme paradoja de que un político con tantas

virtudes como Carlos Madrazo haya tenido que abandonar la presidencia del PRI, a menos de un año de su nombramiento y en medio de un escándalo, de críticas y conflictos que él mismo provocó. Atribuye la destitución de Madrazo a los "intereses" de los gobernadores y las corporaciones que resultaron afectados por las reformas. Parece la trama de una conspiración, en la que las críticas de la prensa son tratadas como parte de una "campaña" de desprestigio, lo que Rogelio Hernández describe en este punto. Pero los hechos, interrogados con un poco de escepticismo, sugieren una historia diferente.

Finalmente, Madrazo, como todo político, tenía ambiciones y cometía errores. Y muy probablemente conocía menos el funcionamiento del sistema político de lo que Rogelio Hernández asume. A todas luces, no entendió cuáles eran los límites de su poder como presidente del PRI y eso le costó el puesto. Se metió en líos no

sólo con gobernadores sino con otros personajes importantes del PRI, como el mismo líder de la Cámara de Diputados. Nunca destacó como político prudente, y como presidente del PRI, sus precipitaciones y radicalismo produjeron más oposición a sus medidas que aliados. Rogelio Hernández, muy convencido él mismo, intenta llevar al lector a la conclusión de que los cambios que Madrazo quiso introducir en el PRI eran deseables y necesarios. Es precisamente ese convencimiento el que lo traiciona, pues el investigador se convierte en el defensor de un personaje y sus acciones para argumentar la validez de una reforma que finalmente se frustró. Ello hace echar de menos a lo largo del libro una actitud crítica e inquisitiva hacia Carlos A. Madrazo, que conduzca a un juicio más balanceado acerca de sus virtudes y limitaciones como político, y convenza al lector de que también hay un interés por la verdad, por incómoda que resulte.